

El archiduque Alberto con el sitio de Ostende al fondo, 1613-14, anónimo. En la página opuesta, Felipe III, en 1606, por Pantoja de la Cruz.



LAS CLAVES

TRES VIDAS. Alberto fue primero cardenal, luego virrey de Portugal y, finalmente, rey de los Países Bajos.

LOS SARAOS. Tanto Felipe III como él impusieron un nuevo estilo de grandeza en la Corte, con grandes *saraos* como se llamaba a las fiestas.

PINTURA FLAMENCA. Sin su apoyo, muchos maestros flamencos no habrían llegado hasta nosotros en tal cantidad.

ARCHIDUQUE ALBERTO

EL REY

MECENAS

SOBRINO, CUÑADO Y YERNO DE FELIPE II, LA ENDOGAMIA DE LOS AUSTRIAS SE ELEVA A LA MÁXIMA POTENCIA EN EL CASO DE ALBERTO. SU REINADO DE LOS PAÍSES BAJOS JUNTO A ISABEL CLARA EUGENIA FUE NEFASTO, SOSTIENE **MANUEL MONGE**, PERO SU LABOR DE PROTECCIÓN DE LAS ARTES LE HA VALIDO UN LUGAR DESTACADO EN LA HISTORIA. UNA NUEVA BIOGRAFÍA SUBRAYA ESA FACETA DE SU VIDA

L

AVIDA DEL ARCHIDUQUE Alberto de Austria refleja un punto de inflexión en la historia del Imperio español.

Sin ser uno de los Austrias más conocidos ni haberse distinguido por sus hazañas militares o su habilidad para la política, representa fielmente el espíritu de una época y de una dinastía que, en su generación, empieza a conocer, y reconocer, el fracaso.

Sobrino de Felipe II por parte de madre, María de Austria, fue elegido por este rey para convertirse en esposo de su hija predilecta, Isabel Clara Eugenia, prima suya. En 1570 acompañó a su propia hermana, Ana de Austria, al encuentro con Felipe II, de quien sería la cuarta esposa. Fue entonces cuando el archiduque entró en contacto directo con sus parientes españoles. Sobrino, cuñado y yerno de Felipe II, la característica endogamia de los Austrias se encuentra en su caso elevada

MANUEL MONGE. HISTORIADOR.

a la máxima potencia. De hecho, el Papa tuvo que otorgar dispensas especiales tanto para el matrimonio de su hermana como para el suyo, a las que se añadió una tercera, liberándolo del peso de su condición de cardenal.

Los tres cargos más importantes que le cupieron en suerte respondieron a esa privilegiada posición en el organigrama familiar, a la que hay que añadir el favor de que gozaba ante Felipe II, que tras pasar por la amarga experiencia de defenestrar a su propio hijo, Don Carlos, llegó a considerar la posibilidad de nombrarlo heredero.

FELIPE III: UN NUEVO ESTILO.

Alberto fue primero cardenal, luego virrey de Portugal y, finalmente, rey de los Países Bajos. Fue esta última encomienda la que le garantizó un puesto en los libros de historia, aun-

que su gestión, junto a su esposa—la legítima heredera del territorio— se pueda calificar de desastrosa. A cambio, sus méritos como cortesano y mecenas adquieren mucha relevancia en su biografía. No en vano, Alberto pertenecía a

la generación de Felipe III, que impuso “un estilo nuevo de grandeza”, consistente en hacer ostentación de riqueza en la Corte y convertirse en referente de la aristocracia europea en cuestiones suntuarias. Para ello, ambos contaron con los servicios del duque de Lerma, valido de Felipe III, dotado de gran talento para la organización de fiestas, o *saraos*, como se decía entonces. Esa generación de Austrias gastó considerables sumas en celebraciones que han pasado a la historia por su magnificencia, como la doble boda del archiduque Alberto y Felipe III, o el bautizo de Felipe IV en ➤➤➤



»»» Valladolid, en el verano de 1605, que según el historiador Patrick Williams supuso el nacimiento de la nueva corte barroca.

Uno de los pilares del orgullo dinástico de los Habsburgo era el ducado de Borgoña. El otro, la defensa de la religión católica, hasta el punto de considerar, como justificación de su preeminencia, que el pacto de la familia con Dios era directo e equiparable al del papado, lo que hacía vital garantizar la continuidad de la sucesión, con los problemas derivados de la endogamia y el empeño en la defensa del catolicismo cuando se vio amenazado por el cisma luterano.

Este era el panorama ideológico en el que vivían el archiduque Alberto y el rey Felipe III, cuyas vidas en muchos sentidos corrieron paralelas. El hecho de que el archiduque y su esposa fueron enviados a reinar a Flandes en 1599 era la primera muestra de debilidad de la dinastía, pues significaba que la corona ya no podía dirigir todo su imperio sin delegaciones.

Fue, de hecho, una concesión a las voces que, como los comuneros en 1521, sostenían en Castilla que la corona debía dejar de mantener una política exterior al servicio de sus intereses dinásticos. En ello insistieron ilustres arbitristas, como el procurador en Cortes Monzón, en 1593, y especialmente a partir de 1600, con memoriales como el de Martín Cellorigo.

No fue ajena a dicha crítica la literatura, con ejemplos en todos los grandes autores del siglo de Oro, desde Góngora a Baltasar Gracián pasando por Cervantes y Quevedo. Lope de Vega, que escribía obras para divertimento del du-



Alberto, CARDENAL-ARCHIDUQUE, retratado por Luis de Velasco, hacia 1593, Madrid, Instituto Valencia de Don Juan.



ISABEL CLARA EUGENIA, esposa de Alberto, retratada por Rubens, hacia 1625, cuatro años después de enviudar.

que de Lerma y sus regios invitados, constituye en esto una excepción.

El archiduque Alberto y su esposa Isabel Clara Eugenia, titular directa por derecho dinástico y que continuó gobernando los Países Bajos a la muerte de su marido, no tuvieron un reinado brillante. El rey consorte y la hija predilecta del “rey prudente” se enfrentaron a unas

provincias irredentas, a las que siguieron infligiendo castigos, como en el sitio y saqueo de la ciudad de Ostende, de los que no obtenían, como en el caso citado, ningún beneficio y sí el gasto de ingentes sumas de dinero en pagar a los tercios de Flandes.

EL SITIO DE OSTENDE. La participación del archiduque en la actividad bélica contra las provincias levantiscas, luteranas o no, era mínima. En su lugar, como hizo en Ostende, se empleó a fondo Ambrosio de Spínola, un general hijo de banqueros genoveses, que sufragaba con el dinero de su propia familia las campañas que le encomendaba el archiduque, aunque nunca obtuvo para este los éxitos que lograron el duque de Alba para Carlos V y don Juan de Austria para Felipe II.

Al archiduque lo que le interesaba más de su condición de rey consorte de los Países Bajos era el mecenazgo en un ambiente artístico comparable, sobre todo en pintura, al del Renacimiento italiano. De entre sus protegidos destaca Peter Paul Rubens, que le retrató a lomos de su famoso semental napolitano con fondo de follaje exótico, detalle en el que parece como si el genio de Amberes ya anticipara la idea de que las Indias iban a ser en breve la posesión más valiosa que le quedara al Imperio español.

Su actividad como mecenas se extendió también a la fundación de nuevas industrias —como las fábricas de brocados y el fructífero procesado de diamantes— y a la propagación del ideal católico, multiplicándose las obras de carácter religioso y la construcción de magníficos templos católicos, caracterizados por la monumentalidad de sus púlpitos,

LA GENERACIÓN DEL DECLIVE

La monografía de Luc Duerloo sobre el archiduque Alberto es amena, gracias a su estilo, claro y seguro, y a su exhaustivo nivel de detalle. Se trata de una monografía, y no solo una biografía, porque enmarca la acción del archiduque en la compleja historia política de su época. En comparación con otras referencias acerca de esta figura, destaca su vertiente piadosa en detrimento de su papel como mecenas. El autor ha trasladado a la persona del archiduque un rasgo, la piedad, que era más bien di-

nástico por no decir propagandístico. Parece, según las pocas fuentes existentes, que su faceta artística queda velada. La “agudeza política” y las responsabilidades militares que en esta monografía se le atribuyen no están suficientemente probadas. Las campañas militares durante su reinado en Flandes corrieron a cargo de un general aficionado, y rico, llamado Ambrosio Spinola. Sin embargo, está muy bien descrita su acumulación de poder como virrey de Portugal al tiempo que cardenal e in-

quisidor general, lo que ejemplifica el funcionamiento de la alianza entre la Monarquía Hispánica y la Iglesia católica. La reducción, además, de su figura y su época a una única generación —murió sin descendencia— es un acierto. Su participación en la discordia de los Habsburgo austríacos que dio pie al avance de la Unión Protestante

fue tímida, pero su sola mención en este libro explica cómo y por qué esa generación, la de Felipe III, dio paso al declive del proyecto imperial español, que es lo que más interesará al lector. ■ M. M.

L. DUERLOO, *El archiduque Alberto. Piedad y política dinástica durante las guerras de religión*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2015, 533 págs.



a fin de resaltar la singularidad de la figura del sacerdote y, con ella, la importancia del sacramento de la eucaristía, dos de las más notorias diferencias del rito romano con respecto a la “herejía” luterana.

Alberto concentró sus esfuerzos en el fomento de la pintura flamenca. Con ello se ha ganado un lugar en la historia, pues sin él es seguro que muchos de sus maestros no habrían llegado hasta nosotros, al menos en la cantidad y con el formato con que los conocemos. Así, Jan Brueghel el viejo fue nombrado pintor de la Corte del archiduque en 1609, lo que le garantizó una fuente de ingresos de por vida. También Frans Purbus el Joven o Willem van Haecht recibían regularmente encargos del archiduque y su entorno, y el propio Anton van Dyck no daba abasto atendiendo a esa Corte tan aficionada a los retratos.

La imagen del artista que dirigía un taller en el que una suerte de empleados-discípulos hacía el grueso de la obra que aquél iniciaba y terminaba, y que suele identificarse inmediatamente con Rubens, se debió a este intenso flujo de encargos procedentes del archiduque Alberto, los miembros de su Corte y sus simpatizantes.

La función del archiduque Alberto y de la labor de mecenazgo que desplegó como nexo de unión entre la tradición pictórica española y la flamenca es de una importancia capital. Sirva como ejemplo el de Juan Pantoja de la Cruz, el pintor oficial de la Corte de Felipe III, y del que se conservan en la antigua pinacoteca de Múnich sendos retratos del archiduque y su esposa, de 1600 y 1599, respectivamente, cuando ya eran reyes de los Países Bajos. Se trata de una muestra de esa influencia, que se sumaba a la de los maestros italianos preferidos por las generaciones anteriores, como Tiziano. Se puede comprobar en la preferencia por el retrato, la precisión en la representación de los ropajes y accesorios y la sobriedad en la expresión facial.

PINTORES DE CÁMARA. Esta influencia continuó con los sucesivos pintores de corte, como Santiago Morán, aunque después regresara la predominancia italianizante, con exponentes como Velázquez, en paralelo a la progresiva pérdida de control sobre los Países Bajos.



EL TRIUNFO DE LA INFANTA ISABEL CLARA EUGENIA, por Denis van Alsloot, 1616 (detalle).

A partir de 1599, cuando Alberto cuenta 40 años y asciende al trono, empiezan los innumerables retratos que de él –y de quienes junto a él vivieron– realizaron los mayores maestros flamencos –y españoles con tendencias flamencas– del momento.

Sin embargo, no todo fue dulzura en un reinado herido por una guerra que llevaba marcando la relación entre el Imperio de los Austrias y los ricos Países Bajos, peligrosamente interesados en mantener la paz con Francia e Inglaterra, de quienes eran al tiempo socios, clientes y competidores comerciales.

Durante su reinado se inició la Guerra de los Treinta Años, que consiguió atajar durante un tiempo en sus territorios gracias a la Tregua de los Doce Años, firmada en 1609, pero a la que finalmente se vio arrastrado, ya que a partir de 1648, con la Paz de Westfalia que le puso fin, el Imperio español que-

daría arrumbado por las otras potencias hegemónicas. El archiduque no asistiría a ese final. Murió en Bruselas el 13 de julio de 1621, tres meses después que el propio Felipe III, lo cual fue interpretado como signo de mal agüero, entre otros por el padre jesuita Bivero, que ofició en su funeral en la capital valona, un siglo después de la coronación de Carlos V como emperador en Aquisgrán. Isabel Clara Eugenia reinó hasta su muerte, en 1633. Luego, los territorios revirtieron a los Habsburgo españoles, en la figura de Felipe IV. ■



J. PÉREZ, “Cervantes en su tiempo”, en *Clm.economía: Revista económica de Castilla-La Mancha*, INº. 5, 2004.

P. WILLIAMS, “El duque de Lerma y el nacimiento de la Corte Barroca en España: Valladolid, verano de 1605”, en *Studia Historica: Historia Moderna*, [S.I.], v. 31, 2011.
P. COMTE DE NÉNY, *Mémoires historiques et politiques des Pays-Bas*.